
UN MARCO DE REFERENCIA PARA LA EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE

ANTONI GOMILA

En la actualidad nadie sostiene ya que el lenguaje humano es una invención puramente cultural y que, por tanto, el ámbito apropiado para dar cuenta de su origen y evolución es el de la historia cultural, como sería el caso de la historia de la moneda o de la flecha. Por el contrario, el consenso dominante concibe el proceso de creación y transmisión del lenguaje como un proceso dependiente de la articulación de tres ámbitos: el de la evolución biológica, el del aprendizaje individual y el de la evolución cultural. Ahora bien, este enfoque general dista de confluir en una explicación hegemónica; son múltiples los enfoques metodológicos y las propuestas actualmente en vigor, curiosamente con escaso protagonismo de la disciplina que cabría considerar destinada a desempeñar un rol de protagonista principal, la lingüística (con la notable excepción de Derek Bickerton). En este sentido, cabe apreciar como un síntoma positivo que el trabajo que genera estos comentarios provenga de esta disciplina.

Por mi parte, en lugar de entrar a comentar directamente aspectos concretos del trabajo que da pie a esta intervención, voy a tratar de situarlo dentro del espacio lógico en que se mueve la discusión contemporánea a este respecto, para lo cual voy a trazar lo que me parecen los dos ejes más notables en que se articulan las controversias y enfoques en este campo. Ello me servirá de marco para plantear algunas observaciones a la contribución objeto de comentario.

1. EL COMPLEJO DEL LENGUAJE: ¿ES ALGO ESPECÍFICAMENTE HUMANO?

Dentro de la lógica de la explicación evolutiva en términos biológicos, va a ser preciso dar cuenta tanto de los elementos de continuidad como los de discontinuidad o novedad evolutiva. Esto supone delimitar primero qué cosas hacen falta para que surja y se mantenga el lenguaje, y si esas cosas son compartidas o no con otras especies (por supuesto que aun en el caso de que no lo sean, hay otros aspectos que garantizan la continuidad evolutiva). La primera cuestión que nos permite ordenar este ámbito de la investigación, por tanto, consiste en plantear si el lenguaje es un fenómeno exclusivamente humano y en virtud de qué. Este segundo aspecto resulta

Departamento de Psicología, Universitat de les Illes Balears, 07122 Palma de Mallorca, España.
toni.gomila@uib.es

Este texto comenta el artículo de Guillermo Lorenzo González, "Lingüística evolutiva: hacia un enfoque modular e internista", que aparece en este número de *Ludus Vitalis*.

central, puesto que el lenguaje es una capacidad muy compleja, que implica especializaciones funcionales muy diversas y múltiples niveles de estructuración (vd. Gomila 1995, para una presentación global sistemática de la complejidad del lenguaje y una caracterización detallada del *explanans*).

Resulta claro que no todas las capacidades involucradas en el lenguaje son exclusivamente lingüísticas, ni específicamente humanas, mientras que otras parecen serlo. Así, cuando se considera el lenguaje como sistema de comunicación simbólica intencional, se ve que su aparición depende de que se dispusiera previamente de la capacidad de interacción intencional, la función simbólica, por ejemplo. Y la cuestión que se plantea es si esas capacidades son exclusivamente humanas o se pueden encontrar también en otras especies, lo que sugeriría que aparecerían en ancestros comunes. Así, a ese respecto, abundan las evidencias a favor de la existencia de comunicación intencional en primates, aunque hay cierta controversia con relación a conductas importantes más específicas para la aparición de la referencia, como la atención visual conjunta, y mucha mayor discrepancia sobre la función simbólica espontánea (no en chimpancés criados con humanos) (Tomasello 2002).

Del mismo modo, cuando se consideran los mecanismos involucrados en la producción oral, de nuevo se contraponen quienes consideran que la posición de la laringe y la estructura del sistema fonador parecen ser exclusivamente humanas (de hecho, se configura hacia el final del primer año de vida), frente a quienes acentúan la continuidad con los sistemas de comunicación sonora de otras especies, o entre quienes defienden que los incrementos en la capacidad de recordar secuencias de sonidos, necesaria para el procesamiento serial de la cadena de habla, se produjeron dentro de la línea homínida, o antes. De manera destacada, en este punto sigue abierta la polémica en torno a los supuestos orígenes gestuales del lenguaje (en la tradición del precedente más notable, en mi opinión, en la cuestión de dar una explicación evolutiva, aunque todavía no biológica, del lenguaje: Condillac 1746/1999), frente a una explicación exclusivamente vocal. Así, por ejemplo, Corballis (2002) sostiene que la raíz de la evolución del lenguaje se encuentra en la capacidad para la imitación de patrones de conducta gestual complejos, que posteriormente se habría dedicado al uso y fabricación de herramientas, y sería la causa de la lateralización cerebral únicamente humana.

En resumen, la gran divisoria que encontramos separa a quienes, por un lado, consideran que la filogenia del lenguaje se limita al linaje homínido, es decir, como un proceso posterior a la separación de los homínidos de los hominoideos y conciben por tanto al lenguaje como un fenómeno distintivamente humano, de quienes, por el otro, consideran que el lenguaje humano no depende de nada que no compartamos con el resto de primates. Chomsky y Pinker se agrupan en el primer grupo, mientras que

psicólogos comparativos como Tomasello o Savage-Rumbaugh son ejemplos del segundo. Por supuesto, todos hablan de precursores del lenguaje, pero los primeros sitúan los elementos de discontinuidad evolutiva, clave para la aparición del lenguaje, en nuestros antepasados homínidos, mientras que los segundos los sitúan más atrás.

En realidad, estas posiciones diferentes son consecuencia de otras discrepancias más básicas sobre la propia naturaleza del lenguaje y, consiguientemente, sobre la mejor teoría lingüística para explicarla. Así, los primeros reducen la facultad del lenguaje a la sintaxis y optan por una lingüística estructuralista (cuyo principio básico es que las propiedades estructurales no pueden explicarse en términos funcionales), mientras que los segundos son funcionalistas y evitan reificar la sintaxis como un nivel de procesamiento psicológico independiente, y optan por gramáticas funcionales o cognitivas.

¿Dónde cabe situar el artículo objeto de comentario con relación a este eje? Por una parte, el artículo descalifica explícitamente a alguien como Pinker, cuya posición es restrictiva y estructuralista, y afirma la necesidad de tener en cuenta todos los aspectos involucrados en el lenguaje y, de hecho, al hablar de los prerequisites, no insiste en la especificidad humana de la sintaxis; por otra parte, sin embargo, rechaza varias propuestas sobre el origen que lo conciben a partir de mecanismos que compartimos con otras especies animales, y su defensa de un proceso de coordinación modular parece tener sentido sólo para el linaje homínido y al final acaba expresando su deseo de convergencia con los postulados del programa minimalista. En cualquier caso, me parece que a este respecto sería necesario entrar en un mayor detalle en la caracterización del proceso propuesto.

2. EXPLICACIÓN BIOLÓGICA: ¿POR SELECCIÓN NATURAL O SPANDREL?

Este eje registra una de las controversias generales acerca de la síntesis neodarwinista de la evolución. No es específica, por tanto, de la discusión acerca de la evolución del lenguaje, sino que se refiere en general al conjunto de mecanismos causales capaces de dar cuenta del origen y la evolución de las especies. Mientras que la síntesis neodarwinista pone el acento en el mecanismo de la selección natural como el responsable principal del proceso, otros autores, liderados por Gould y Lewontin, insisten en la necesidad de tomar igualmente en consideración otros factores, también mencionados por Darwin: restricciones estructurales, cambios neutrales, preadaptaciones. En el ámbito específico del lenguaje, esta controversia se manifiesta con una fuerza especial, por el prestigio y la influencia de Chomsky, el principal defensor de la tesis antiseleccionista (Chomsky 1980, 1988). A su modo de ver, resulta imposible dar cuenta en términos funcionalistas, adaptacionistas, de las propiedades formales de la facultad de lenguaje. En el otro campo se pueden situar prácticamente

todos los demás autores, quienes tratan de ofrecer explicaciones básicamente funcionales (el lenguaje se transmite de generación en generación por contribuir al éxito adaptativo, bien sea abriendo la posibilidad de la comunicación proposicional; Pinker y Bloom 1990), bien sea por facilitar la cohesión grupal (Dunbar 1996), bien para posibilitar el pensamiento proposicional (Bickerton 1990) o lo que sea.

Con relación a este eje, nuestro autor parece adoptar una posición de equilibrio inestable: por un lado, rechaza la explicación por selección natural en general (aunque no discute el argumento central de Pinker y Bloom al respecto, que consiste en destacar las características del diseño del lenguaje), y al mismo tiempo propone un proceso igualmente selectivo, pero en lugar de estar condicionado por la adaptación al medio externo, viene atribuido a un medio interno, aunque que no entra en detalles sobre ese proceso de sinergia entre diversos componentes. A pesar de ello, se acaba manifestando la adhesión a la nueva ortodoxia minimalista chomskiana (es desafortunada esta penetración del anglicismo *minimal*, en lugar de su traducción "mínimo", que daría la expresión "minimismo", igual que el autor habla de "internismo" y no de "internalismo"), que es contraria a la posibilidad de una explicación evolutiva.

Convendría notar, a este respecto, que Chomsky limita su tesis antifuncionalista a lo que él llama "la facultad de lenguaje", es decir, a lo que se denominaba anteriormente "la gramática universal", ese conocimiento innato de todo ser humano acerca del espacio lógico de las posibles estructuras sintácticas que puede adoptar un lenguaje humano. Por poner un ejemplo, lo que rechaza Chomsky es que se pueda dar una explicación funcionalista —una explicación en términos de ventajas selectivas— de algo como el principio de adyacencia. En efecto, una explicación evolutiva en términos selectivos debe consistir en considerar diferentes individuos con variabilidad en algún rasgo heredable y mostrar que ciertas variantes dan lugar a una aptitud biológica superior que otras, y por tanto, en la siguiente generación van a tener mayor presencia en el *pool* de genes.

En el caso de Lorenzo, desarrollar su tesis implica del mismo modo reconstruir qué variantes modulares pudo haber y proponer un modo de evaluar de qué forma ciertas coordinaciones modulares —las que darían lugar al lenguaje— resultaron más ventajosas en términos adaptativos que otras. La dificultad de hacer esto no sólo radica en lo intrincado de los pasos intermedios requeridos, cada uno de los cuales debe aportar ventajas adaptativas, sino además en la complejidad de la organización funcional del cerebro, de tal modo que cualquier cambio repercuta en ámbitos de procesamiento mental. En la medida, además, en que nuestras capacidades psicológicas no se dan en el vacío, sino efectivamente en un medio.

El reto de Chomsky, sin embargo, es relativo y puede responderse a un doble nivel. Por una parte, hay que hacer notar que la dificultad de su

planteamiento proviene de la finura del nivel al que plantea la pregunta: qué utilidad diferencial puede tener, por ejemplo, el principio de adyacencia frente a otro posible principio alternativo. Dado el carácter convencional del lenguaje, la ventaja no depende en adoptar esta estructura frente a esta otra, sino en que se pueda disponer de tal sistema convencional, de que haya alguno frente a ninguno. De hecho, esto es lo que se entiende espontáneamente cuando se plantea la pregunta por la filogénesis del lenguaje: no se trata de responder por qué se seleccionó esta facultad de lenguaje, con estos principios y parámetros, frente a otra posible (o si se prefiere en términos generales, qué ventaja selectiva tiene hablar esta lengua frente a esta otra), sino por qué prosperaron más los linajes en la ruta al lenguaje, frente a quienes no entraron en esa ruta (sea donde sea que se bifurcó, en los hominoideos o posteriormente).

La segunda respuesta es más compleja. Implica darse cuenta de lo que decíamos al hilo de la relación entre ontogenia y filogenia. No puede entenderse una como recapitulación de la otra, porque en el proceso de ontogenia el niño se desarrolla en un medio que ya es lingüístico, mientras que cuando nos planteamos la filogénesis del lenguaje partimos, *ex hypothesis*, de que no hay una comunidad lingüística todavía. Además, todos los primates experimentan un proceso de desarrollo ontogenético (que permite, por ejemplo, que chimpancés criados en un medio social humano adquieran capacidades que no forman parte del repertorio habitual de la especie) característico de las especies ultrasociales y, por tanto, hay que tener en cuenta que los pioneros en la actividad lingüística también pasaron por un proceso semejante (Rosa, Vega y Gomila 2004). Dicho de otro modo, a nivel ontogenético, el lenguaje no es instintivo, depende de un periodo (quizá crítico) de desarrollo individual en contacto con un medio social lingüístico. La tesis de Chomsky es que este proceso se ve facilitado por ese conocimiento innato que constituye la facultad del lenguaje, que facilita ese proceso y lo hace inexplicable en términos de simple aprendizaje, de pura extracción de regularidades en el estímulo. Ahora bien, al hacer esto, Chomsky transforma en realidad el problema de la filogenia del lenguaje en el problema de explicar el origen de esa facultad de lenguaje, es decir, el modo en que este conocimiento innato específicamente sintáctico ha sido codificado genéticamente (y que es lo que le permite hablar de “instinto del lenguaje” a Pinker, aunque en mi opinión su planteamiento no es coherente con ello) (vd. Gomila 1994).

A este respecto, quizá nuestro autor podría intentar integrar este componente en su cuadro general de módulos coordinados, si bien sorprende que en su artículo Lorenzo no mencione en ningún lugar el componente sintáctico como específico, y sin precursores, como ya hemos señalado anteriormente. En cualquier caso, creo que hay buenas razones para rechazar este modularismo innatista, aunque no voy a entrar aquí en este

tema (vd. Gomila 2004). El comentario final es metodológico: la actual discusión se encausa a través de la construcción de modelos computacionales que tratan de implementar los procesos y mecanismos postulados (Christiansen y Kirby 2003), para tratar de considerar qué efectos pueden tener a nivel colectivo y en el tiempo. Sería interesante intentar desarrollar las hipótesis propuestas por esta vía. Al mismo tiempo, las contribuciones más valiosas que pueden aportarse desde la lingüística suelen centrarse tanto en cómo concebir aquello cuya evolución queremos explicar (Newmeyer 1998), como en la necesidad de tener en cuenta los bien conocidos procesos de cambio histórico del lenguaje, extrapolándolos de la escala temporal histórica a la evolutiva (Newmeyer 2002; Heine y Kuteva 2002). Desde luego, hay trabajo para una lingüística evolutiva.

REFERENCIAS

- Bickerton, D. (1990), *Language and Species*. Chicago: University of Chicago Press.
- Chomsky, N. (1980), *Rules and Representations*. Oxford: Blackwell.
- Chomsky, N. (1988), *Language and Problems of Knowledge*. Cambridge: MIT Press.
- Condillac, E. (1999), *Ensayo sobre el conocimiento humano*. Estudio preliminar y edición de A. Gomila. Madrid: Ed. Tecnos.
- Christiansen, M.; Kirby, D. (2003), "Language evolution: consensus and controversies," *Trends in Cognitive Sciences*, 7: 300-305.
- Dunbar, R. (1996), *Grooming, Gossip and the Evolution of Language*. Londres: Faber & Faber.
- Gomila, A. (2004), "How to mix evolution and cognition: a cure for modularitis," Póster presentado a la Joint Conference de la Society of Philosophy and Psychology y la European Society of Philosophy and Psychology, Barcelona, julio 2004.
- Gomila, A. (1995), "Evolución y lenguaje", en F. Broncano (ed.) *La Mente*. Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía. Madrid, Ed. Trotta, pp. 273-300.
- Gomila, A. (1994), "The functionality of the study of language origin. Continuing commentary on Pinker and Bloom's natural language and natural selection," *Behavioral and Brain Sciences* 17: 180-182.
- Heine, B.; Kuteva, T. (2002), "On the evolution of grammatical forms," en Wray (2002), pp. 376-397.
- Newmeyer, F. (1998), *Language Form and Language Function*. Cambridge: MIT
- Newmeyer, F. (2002), "Uniformitarian assumptions and language evolution research," en Wray (2002), pp. 359-375.
- Pinker, S.; Bloom, P. (1990), "Natural language and natural selection," *Behavioral and Brain Sciences* 13: 707-784.
- Rosa, A., Vega, J. y Gomila, A. (2004), "La evolución de la mente. Consideraciones metodológicas y sustantivas", *Estudios de Psicología* 25/2: 205-215.
- Tomasello, M. (2002), "Some facts about primate (including human) communication and social learning," in Cangelosi, A. and Parisi, D. (eds.), *Simulating the Evolution of Language*. Berlin: Springer-Verlag, pp. 328-340.
- Wray, A., ed. (2002), *The Transition to Language*. Oxford: Oxford U.P.